

43ª Peregrinación Juvenil a Luján

Homilía del Cardenal Mario A. Poli
en la Basílica de Nuestra Señora de Luján
1.º de octubre de 2017

¡Madre, enseñanos a construir la paz!

Muy queridos peregrinos:

Estamos en la casa de nuestra *mamita del cielo*, la Virgen de Luján. Al escuchar el evangelio de San Lucas (1, 39-45), caemos en la cuenta de que ella es la primera peregrina, porque hizo la primera peregrinación cristiana. Desde su casa en Nazareth hasta las montañas de Judá hay aproximadamente 100 kilómetros de distancia. Nos imaginamos a la Virgen caminando como ustedes, soportando del mismo modo el calor, el frío, la lluvia. Ella fue la primera peregrina. La Virgen no se quedó en su casa *tejiendo escarpines o mañanitas*, sino que *salió a los caminos*. Llevaba en su seno a Jesús y sintió el impulso, el deseo profundo de darlo a conocer. Se dejó llevar por el Espíritu, por esa moción interior que sentimos cada uno de nosotros cuando estamos preparando la peregrinación. Por eso la peregrinación es profundamente mariana. Es de la Virgen, porque Ella es la que invita a peregrinar; es de Cristo, es de Dios, es de la Iglesia.

La peregrinación recorre el camino de la vida, ya que nuestra vida es una peregrinación. Es la fe en Cristo y el amor a la Virgen los que mueven los pies. María es la que nos levanta y anima cuando tenemos ganas de claudicar en algún lugar del camino; y sin saber por qué, seguimos caminando.

Durante el camino se siente su presencia, Ella es la que nos atrae. Nos atrae a su casa, a su corazón, porque tiene corazón de madre. Dios hizo pasar todas sus gracias, sus bendiciones a través de su corazón.

La Virgen de Luján es la primera peregrina de Dios desde el origen de nuestra Patria. Lo que hacemos nosotros caminando es imitarla a Ella.

En ese caminar suceden muchas cosas. ¡Ustedes lo saben! Somos un pueblo peregrino, la Iglesia es un pueblo peregrino al Cielo. Nos alegra mucho llegar a la casa de nuestra Madre, porque su Santuario es un lugar de gracia y bendición.

En la peregrinación se siente que Ella está presente, caminando con nosotros. La Virgen es toda de Dios y toda de nosotros, tanto en alma como en cuerpo, en el Cielo y entre nosotros. En la peregrinación, Ella nos ayuda a sentirnos más hermanos: cuando

hay solidaridad de unos con otros en el camino, en los momentos de oración en común, compartiendo un clima de alegría, de la buena; cuando uno se da cuenta de que no hay discriminación porque la Virgen los quiere a todos, a los que están más alejados y a los que están cerca. La Virgen nunca hizo diferencias y menos en la peregrinación. Y por eso, no hay división ni fisura en la peregrinación. Esa es la unidad que queremos para nuestra Patria. Nos une un destino común, como ahora lo es el Santuario. Caminamos en paz, esa es nuestra alegría. Si hay paz, todo se puede construir, y ¡qué necesidad tenemos los argentinos de paz! «La paz es madre de amor», decía un santo.

Venimos pidiéndole en el camino: *Madre, enseñanos a construir la paz.* Este deseo comienza por construir la paz en el corazón de cada uno de nosotros, porque de lo contrario, no podemos predicarla para los demás. Por eso le pedimos a nuestra Madre: *Enseñanos a construir la paz,* a contagiarla, a vivir en paz como así también ser testigos de la paz. Esto significa renunciar a todo gesto de violencia, de discriminación, de intolerancia...

Vamos a pedirle a la Virgen todos juntos:

¡Madre, enseñanos a construir la paz! Te lo pedimos a vos Madre, que sos peregrina y que llevás al Príncipe de la Paz.

Todos: *¡Madre, enseñanos a construir la paz!*

Porque la necesitamos en nuestras familias.

Todos: *¡Madre, enseñanos a construir la paz!*

Necesitamos esa paz en nuestros trabajos, en nuestras oficinas, en nuestras escuelas y universidades.

Todos: *¡Madre, enseñanos a construir la paz!*

Especialmente vos que llevás los colores de la bandera argentina en tu manto, necesitamos la paz para nuestra Patria, por eso te decimos:

Todos: *¡Madre, enseñanos a construir la paz!*

Madrecita del cielo, Virgencita de Luján, danos un corazón pacífico y el coraje de vivir en paz.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.